

Confesión franca

(Conclusión)

Por FÉLIX K. MAGPANTAY

Pasaron dos semanas enteras desde que Mang Marcial me contó la triste historia de su vida. El superintendente de la institución me llamó a su despacho. El empleado que fué en mi busca dijo que mi padre estaba en la oficina de su jefe. Mi padre, al verme, se levantó en seguida de su asiento, me abrazó afectuosamente y con unas palabras cariñosas dijo que iba a sacarme porque por fin había conseguido mi indulto absoluto.

Pasaban los días. Era la mañana del 8 de diciembre de 1941. Los periódicos daban la sensacional noticia de que los aeroplanos del Japón habían dejado caer su carga de muerte y destrucción sobre el campamento Nichols, Aparri, Baguio y otros objetivos militares. Yo acababa entonces de casarme con una linda farmacéutica de quien me prendé como un inocente colegial. Se llamaba Venación.

Volaban los días y los periódicos continuaban lanzando noticias de desesperante tenor: "Los enemigos avanzan rápidamente hacia Manila"... "El General McArthur, con el fin de tener un frente unido contra los invasores, ha reunido todas sus fuerzas en la provincia de Bataan"...

Pasó un año y siguió otro. El hombre que desde el comienzo de la ocupación enemiga había estado sembrando sus estragos en muchos hogares, llegaba a su período culminante. Un caván de arroz de la peor clase costaba más de diez mil pesos. Yo era entonces un padre de familia, pues mi santa esposa Vening acababa de dar al mundo su segundo vástago. Vivíamos juntos con mis padres.

Aunque mis mayores se contaban entre los adinerados del distrito de Rinondo por una veintena de casas de alquiler que antes de la guerra nos rendían una renta de cinco a seis mil pesos mensuales, tampoco salieron ileso del rudo golpe de la depresión económica, por la sencilla razón de que nuestros inquilinos no podían pagar.

Entonces, como náufrago que se agarra a un salvavidas en el mar turbulento de la existencia, acepté de buen grado la proposición de mi tío Gabriel y de un primo mío, de que fuéramos a comprar alhajas que se vendían a precio tirado, para despacharlas luego en una de las provincias donde el dinero abundaba.

Pero, por una mala suerte, en el tra-

vieso aún, nos encontramos con un grupo de guerrilleros que nos tomaron por espías por haber encontrado en el bolsillo de mi tío Gabriel una nota, con caracteres japoneses, que se daba en Manila como pase de los viajeros.

Mi tío, acostumbrado a estar frente a una situación tan crítica como aquella, sin perder su serenidad, les explicó los motivos de nuestro viaje hacia aquel lugar y, sobre todo, por qué llevaba aquella nota. Pero el capitán que hacía de jefe de aquel grupo del movimiento de resistencia, no dió crédito a sus palabras. Y, como secuela, mandó a sus soldados que se apoderaran de nuestras alhajas, zapatos y otras prendas de vestir. Mandó, además, atarnos la manos y, acto seguido, ordenó que nos llevaran al lugar donde se hallaba su guarnición.

Como desde que tuve uso de razón nunca había experimentado la sensación de caminar descalzo más que aquella vez, estando todavía a medio trayecto del lugar de la guarnición, noté que sangraban las plantas y las uñas de mis pies, a causa de los frecuentes golpes contra las piedras, afiladas y puntiagudas. Pero no sentía ningún dolor; lo que sentía era el temor, el horrible temor de morir que se apoderó de todo mi ser. Y ante aquel trance de muerte se me apareció de súbito en la memoria la imagen de mis dos hijitos, de mi esposa Vening y de mis padres que esperaban con ansiedad mi vuelta al hogar.

Cuando llegamos ya era de noche. La luna derramaba sus lípidos fulgores de plata sobre la espesura de las selvas por donde pasábamos.

Al llegar a la guarnición, formada de cinco castas que apenas alzaban su techo de cogon un metro y medio a ras de tierra, vi a dos individuos atados a uno de los árboles cuyas ramas frondosas ocultaban las casitas a los ojos de los aviadores enemigos.

A juzgar por las heridas sangrantes que aparecían en el rostro de los dos presos y las grandes contusiones en varias partes del cuerpo, parecía indudable que los pobres habían sido torturados.

Después de algunos minutos, el capitán de los guerrilleros, seguido de un soldado que blandía un bolo largo y reluciente, se acercó a uno de los presos y le dijo:

—Dame los nombres de tus compa-

ñeros y el lugar dónde residen.

El interrogado mencionó varios nombres y sitios, mientras un guerrillero los apuntaba.

—¿Son éstos solamente? — preguntó el capitán.

—Sí, señor, — respondió.

—¿Y aquel espía que acompañó al capitán Satto que fue al cuartel del comandante Panzer la semana pasada, ¿cómo se llama? ¿No es Mamerto, acaso? — inquirió el capitán.

—Sí, señor — afirmó.

—¡Bien!... Te voy a soltar ya con la condición de que antes contarás las estrellas del firmamento. ¡Hala!... ¡Sigue!...

El preso levantó la cabeza y miró al cielo, y, en voz alta, empezó a contar: una, dos, tres, cuatro, cinco...

Apenas decía el número 5, cuando el soldado que portaba el bolo, sin decir palabra, le dió un tajo en el cuello que le descabezó con la misma facilidad con que se parte con un arma afilada la hoja de un plátano...

¿Por qué voy a avergonzarme de decir la verdad, toda la verdad?

Ante aquel cuadro de sangre, sentí serpentear por mi cuerpo un escalofrío intenso. Y entonces... ¡me desmayé....

Cuando abrí los ojos, estaba tendido, boca arriba. El capitán se puso a mi lado y dijo:

—Mañana por la mañana, ya sabrás mi decisión, si pondré a todos en libertad o no... — Y se levantó. Ordenó a sus soldados que nos pusieran a buen recaudo.

A la mañana siguiente y cumpliendo su palabra, el capitán se me acercó y, de mal humor, me espetó lo siguiente:

—Lo siento mucho amigo!... ¡estoy plenamente convencido que tus dos compañeros y tú sois espías de la peor clase!...

Y entonces, como último recurso, le supliqué llorando que me llevara, juntamente con mis dos compañeros, a presencia de su comandante en jefe, para implorar de él que nos pusiera en libertad, porque no éramos espías como creía el capitán.

—¡Es inútil! — murmuró el capitán — Mi comandante en jefe — agregó — es más estricto que yo en cuanto a estos casos... Nunca he visto, durante dos años que estoy con él, que sintiera compasión alguna por los espías.

Para que mi petición tuviera éxito, aunque no sabía el verdadero nombre de su jefe superior sino sólo su apodo de "Coronel Mangubat," ni éste tampoco conocía mi nombre, le dije al capitán que éramos amigos desde tiempo atrás.

—¿Es cierto eso? ¿No te engañas?— preguntó sorprendido.

—Es cierto — respondí sin vacilación.

—Si es así, ¡vamos allá...!

No distaba mucho el cuartel del coronel Mangubat y pronto llegamos allá. Pero... ¡Oh!... ¿No estaba yo soñando? A pesar de la barba bastante larga del coronel Mangubat y de sus ojos hundidos, sin duda por el hambre y los desvelos, pude reconocer en seguida que era *manang* Marcial, el que había sido mi compañero en el departamento No. 15 de la prisión. Y él, al reconocerme también, se levantó de un salto del tronco de un árbol donde se hallaba sentado, y con expresión de enorme sorpresa en los ojos, se me acercó gritando:

—¡Bah!... ¿Por qué? ¿Que te ocurrió? ¿Cómo has llegado a caer en poder de mis soldados?

Con lágrimas en los ojos, comencé a contarle la causa de por qué llegué a parar en manos de sus soldados. Y él, muy satisfecho de mis explicaciones, me abrazó afectuosamente y me dijo que debíamos dar gracias a Dios porque su capitán, que era inflexible en su empeño de liquidar a todos los supuestos espías que cayeran en sus manos, en vez de matarse en seguida y a mis dos compañeros se molestó en llevarnos a su presencia.

—Porque él me pidió ese favor — interrumpió el aludido — Y, además — agregó — me dijo que son ustedes amigos.

—¡Realmente!... ¿Pero, cómo has llegado a saber — me preguntó — que soy el comandante en jefe de la unidad de guerrillas de esta provincia?

—¿He llegado a saber?... ¡Ni en sueños!

—¿Cómo? No te comprendo...

—Dije a tu capitán que somos amigos, sin saber la verdad, solamente para que él se tomara la molestia de traernos aquí. Pero, en verdad, yo no esperaba que el famoso coronel Mangubat fuera el que había sido mi compañero en...

—¿Qué coincidencia! — exclamó el coronel Mangubat.

Transcurrieron dos días y por el temor de ser cogido otra vez por otro grupo de guerrilleros ya no quise separarme del lado de mi amigo, el coronel Mangubat. Sin embargo, cuando éste me

aseguró que ninguno de los guerrilleros iba a molestarnos de nuevo, nos despedimos de él para continuar nuestro viaje interrumpido por el obstáculo que por poco nos cuesta la vida.

Por fin, llegó la liberación completa de Filipinas, y mientras mi esposa Vening y yo estábamos haciendo compras en una de las tiendas de comestibles de la capital, sentí que alguien me tocaba ligeramente el hombro. Al volver la cabeza reconocí que era uno de los guerrilleros que nos habían cogido y tomado por espías.

—¿Por qué estás aquí?— inquirí curioso.

—Quisiera visitar en el hospital al coronel Mangubat— contestó.

—¿Enfermo?

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—En el hospital del ejército americano— explicó y me dió las señas de la institución.

Sentí ardientes deseos de ver aquel mismo día al amigo que me salvó la vida. Pero, al volver a nuestra casa, un pariente de mi esposa nos informó que acababa de fallecer en Bulacán la hermana menor de mi difunta suegra y el entierro no se llevaría a cabo sin el consentimiento de Vening.

Y fuimos allá en seguida.

Algunos minutos después de nuestra llegada a la casa mortuoria, un abogado de la cabecera de la provincia me entregó un sobre diciéndome que era la última voluntad de la difunta.

Abrí el sobre y comencé a leer la carta que contenía. Hela aquí:

"Querida sobrina:

"Ya estoy al borde de la tumba por la enfermedad incurable que me obligó a guardar cama desde los primeros días del régimen japonés. Poco tiempo me queda de vida y quisiera hacerte conocer mi última voluntad. Pues bien: tengo dos parcelas de terreno en esta cabecera y cinco mil pesos en el Banco Postal de Ahorros. Esas dos parcelas serán para tus tres sobrinos, hijos de tu hermano Jacinto que murió con motivo de la conflagración que acaba de terminar, y los cinco mil pesos serán tuyos.

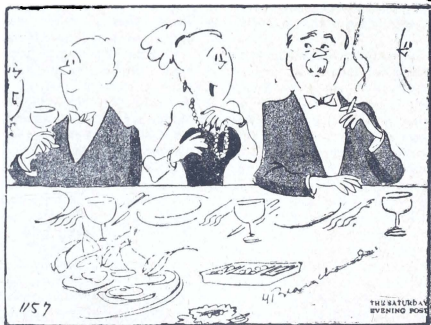
"Quisiera, además, hacerte saber que tu madre, antes de morir, me encargó que te dijera el secreto de su vida. Pues ella, cuando tenía apenas diez y siete años de edad, tuvo relaciones amorosas con un joven que se llamaba Marcial Helmonte. Sus relaciones duraron cuatro o cinco años enteros y como era de esperar tuvieron dos frutos: Jacinto y tú."

"Tu padre, por orden de los superiores de la oficina donde él trabajaba, fue a las Islas Visayas y a consecuencia de una locura de juventud llegó a pasar largos años en Bilibid....

Tu tía,
ANGELES".

Pasaron algunos días. El coronel Mangubat murió en el hospital. Pero antes de cerrar los ojos para siempre pudo pronunciar algunas palabras para decir que estaba muy contento de haber prestado servicios patrióticos a su país, y haberle reconocido Vening como su padre.

Marzo 1949. Lucena, Quezon



Siza... Siga hablándome. Creo que estaba usted diciendo algo interesante, pero yo me puedo acordar de lo que era...